

NORMA BAZÚA Y SU “VARO ENTRE REMEDIOS CASEROS”

Norma Bazúa tiene como profesión robarle el fuego a los dioses. Hace muchos años que la conozco, la veo de lejos o de cerca, la sigo puntualmente en su quehacer y estoy convencido de que cada día se vuelve más astuta para perpetrar ese robo divino que beneficia a los humanos pertenecientes a la privilegiada cofradía de los lectores.

El libro que voy a comentar ahora –y que carga en hombros el curiosísimo título de **Varo entre remedios caseros**- es un libro singular. Singular es poco, habría que añadir: extraño, enigmático, original, fuera de serie. Si se me permite esta forma de decirlo: cada uno de sus poemas es una lectura. Ojo con esto: no estoy diciendo que cada poema implique o lleve, como es lógico, una lectura, sino que, al margen de la lectura que se haga de él, la creación poética en cuanto tal “lee” de determinada manera su objeto. Cada uno de los poemas de Norma es, efectivamente, una lectura de un cuadro de la gran pintora Remedios Varo, la cual, diré entre paréntesis, no sólo produce admiración sino poetas.

Norma Bazúa lleva a cabo en este libro una transmutación estética: convierte la pintura en poesía. Con el fuego del empíreo que se trae entre manos logra la metamorfosis de un género artístico en el otro, colocando entre ambos el volar ceniciento del ave Fénix. Esta transfiguración, a la que me gustaría designar con el neologismo de **traducción transartística**, no es, desde luego, la primera vez que se hace. Recuerdo, por ejemplo, que Mussorgsky, en sus **Cuadros de una exposición**, hace una traducción transartística a la música de la pintura de Víctor Hartmann. Pero existen otras conversiones; por ejemplo de la música a la poesía: tal los casos de Francisco Luis Bernárdez en sus sonetos a Mozart, Handel, Palestrina, Beethoven, Schuman y Chopin; Jorge Luis Borges en su soneto a Brahms y nuestro Gutiérrez Nájera en su Serenata de Schubert. El hecho de inspirarse no en la realidad sino en el arte, arroja importantes consecuencias, porque la materia prima, lejos de ser la materia desnuda que nos ofrece la realidad extramental, es ya una creación enhebrada por la capacidad creativa del hombre o la mujer.

A veces Norma **ilustra** de manera poética la pintura de Remedios. Si, verbigracia, miramos con detenimiento el cuadro de Varo llamado **Los caminos tortuosos**, de 1958, se advierte que el inicio del poema de Norma, que lleva el mismo nombre, es la puntual descripción del cuadro: **“Voy de viaje/reparo en mi destino/a encomienda recuento mis haberes:/ mástil paraguas tímón veleta para aguas/bajo falda la rueda de mis pasos que no dejan huella/por los brazos incipientes alas”**.

Esta, que podemos llamar sinonimia de la traducción transartística, o descripción poética puntual de lo que acaece en el cuadro, se debe no sólo a que Norma, con los elementos ilustrativos o la reproducción del objeto que plasma en sus creaciones, pretende acotar su tema y saber dentro de qué límites puede echar a volar su imaginación, sino a que comparte con la pintora algunas vivencias, puntos de vista y experiencias de mujer hogareña. No es un accidente, en efecto, que el libro más importante sobre Remedios Varo, llamado **Viajes inesperados**, lo haya escrito una mujer: Janet A. Kaplan, y que también otra mujer -Norma Bazúa- realice la primera y más ambiciosa traducción transartística de la pintora surrealista. Pocos hombres, por lo menos hasta hoy, han logrado captar los mensajes humanos, sí, pero también femeninos de la gran pintora.

¿A qué responde el título del libro? En el poema **“Personaje”** leemos: **“de costumbre varada en lo doméstico/enferma de remedios caseros”**. Y en el texto **“Esquiador”** se nos dice: **“hasta este encuentro con tus imaginaciones/adonde varo entre remedios caseros”**.

Norma piensa que uno de los problemas importantes (¿de las quejas?) que subyace en la producción artística de Varo es la enajenación hogareña y familiar, por eso, haciendo un juego de palabras, dice: **Varo entre remedios caseros**. Pero aquí la palabra remedios debería ser puesta entre comillas, porque los remedios no son sino enfermedades (“enferma de remedios caseros”), o, si se prefiere, soluciones alienadas, valores deformantes. Norma reconoce en Remedios la enajenación familiar; pero también la piensa como suya: no sólo la pintora se halla varada en remedios caseros, sino también la poeta. Esta es una de las afinidades que probablemente convencieron a la autora a emprender la tarea de la traducción transartística de la que vengo hablando.

En ocasiones Norma se subordina a los cuadros de su modelo, y cambia el papel tradicional de la pluma y el pincel; ya no es éste el que ilustra a los

poemas, sino que es aquélla la que lo hace con los cuadros. Pero las más de las veces, el ímpetu creativo y la riqueza imaginativa de Norma, le impiden quedarse en la mera ilustración. La mayor parte de sus poemas echa a volar y rompe con la dependencia. Cuando ocurre esto –y es la regla- la obra de Varo se reduce a ser mera referencia, punto de arranque, materia prima, tema de variaciones múltiples. Los poemas de Bazúa son reinenciones, espejos no de las pinturas sino de sus enigmas. Yo diría cuadros. Cuadros sacados de las artes visuales para llevarlos a la poesía. Adentrarnos en el libro que comentamos ahora es penetrar en una galería, en la galería que exhibe los cuadros poéticos de Norma Bazúa. Muy suyos. Muy de ella. Y digo tal, porque Remedios Varo le da la oportunidad de expresar, no a Remedios Varo poetizada, sino a Norma Bazúa en su autenticidad poética.

Claro que la pintora no deja de producir efectos en nuestra poeta: pondré de relieve uno que me parece muy visible. Norma, al trabajar sobre el material onírico de Remedios Varo, es arrastrada, como es obvio, por la concepción estética de la más perfecta de las pintoras surrealistas. En la traducción transartística de Norma no pocos enlaces contradictorios, asociaciones inesperadas, vinculaciones espectaculares de la pintora, y del surrealismo en general, reaparecen en nuestra poeta, aunque, como dije, dentro de la matización de su muy personal idiosincrasia.

Norma Bazúa puede realizar todo lo que he apuntado por la sencilla razón de que a lo largo de los años, a logrado conquistar una grande y envidiable astucia literaria. Y no me refiero a una cierta retórica que aparece en sus textos –eliminación frecuente de los artículos, juegos de palabras a la Villaurrutia, adjetivación lópezvelardiana, jirones deshilachados del “abigeato lírico” gongorista, puntuación no académica sino emocional- y no me refiero, repito, a esta retórica –que aun siendo un lujo- resulta prescindible o puede ser estrechada a conveniencia, sino a la capacidad de no salir nunca de los litorales de la belleza, del giro sorpresivo, del misterio originario, del lirismo en alta tensión.

Es evidente, entonces, y qué bueno que así sea, que Norma sustituye las preocupaciones y la simbología de Remedios por las suyas. En la pintora predomina la trascendencia (esotérica, alquimista-astrológica) y la ironía. En la poeta, si no me equivoco, la inmanencia existencial y la amargura. En Remedios hay frescura e ingenuidad. En Norma sequedad e incertidumbre. Pero algo muy importante es que, a mi parecer, Norma lleva a cabo lo que podríamos llamar la erotización de Remedios.

Varios temas que campean a lo largo y a lo ancho de la obra de la gran pintora española, reaparecen en el libro de la gran poeta mexicana. La filosofía, la naturaleza, el amor, la poesía, la música y la imaginación creadora, los problemas existenciales, la enajenación hogareña, son interpretados por el pincel de la artista de Gerona y reinterpretados por la pluma de nuestra compatriota.

En la imposibilidad de hacer un análisis detallado del material poético de Norma –que se caracteriza no sólo por su riqueza y variedad, sino por un nivel tal de complejidad que dificulta su hermenéutica- voy a citar, a manera de botones de muestra, algunos versos. Las preocupaciones filosóficas de nuestra poeta se ven alimentadas por el hecho de que ella, en **“Cazadora de astros”**, confiesa estar: **“desvirgada del miedo al infinito”**, lo cual le permite ser una exploradora **“inventando brújulas para arenas movedizas de un tiempo sin relojes”**, como dice en **“Exploración a las fuentes del río Orinoco”**. Pero si tiene **“visión de absolutos”** y todo lo teje en el **“telar de la duda”**, sabe ver, gozar y evaluar en el grado que le corresponde el entorno natural. **“Raíces a flor de tierra empecinan/la semilla en el fruto”** nos dice, en **“Aprendiz de Icaro”**, mostrándonos los misterios de la germinación. Pero no sólo hay campo, sino urbe y no sólo hay urbe sino piélago: **“Traje orilla de mar hasta tu puerta”**, dice en **“Mimetismo”**, conjugando en un punto –el umbral de una puerta- la tierra y el mar. Norma no puede, por otro lado, dejar de hablar del amor. Hacer esto es en ella una necesidad, porque **“nos abrazamos para delimitar el infinito”** (**“La huída”**) o porque **“mis pestañas se abrieron alas cuando rimé de frente en otros ojos”** (**“Música solar”**). Mas tampoco son prescindibles en la cosmovisión de Norma la poesía, la música y la imaginación creadora en general. De ahí que, en **“El flautista”** –que es una nueva versión de Orfeo- se empeñe en **“hacer notas con osadía de levantar mundos/a pulso de armonía”** o busque la música de las esferas frotando el arco en el **“encordado solar”** (**“Música solar”**). El arte es importante, insustituible, se hace uno con la entraña. Pero también están los problemas existenciales, los viajes y la enajenación familiar. Norma dice, en **“Armonía”**, **“se guardan en baúles junto a fetiches y amuletos/monedas antiguas para comprar recuerdos”**. Ciertamente que quiere a veces **“remodelar el universo siguiendo mis espejos”** (**“La revelación o el Relojero”**). Pero aunque esto resulte imposible, ella se queda **“rumiando esperanzas”** (**“Ruptura”**) o cocinando **“a fuego lento memorias”** (**“Aprendiz de Icaro”**). Pero no todo está perdido. Queda la ambición, el ansia, el sueño: **“Mi sed entre fibras más finas** –dice Norma-

bordaba milagros/que cambiarían los modos de los verbos” (“Tejedora de Verona”).

Tras el recorrido que hemos llevado a cabo por la galería de estos cuadros-poema, o, si se prefiere, de estas surrealidades poemáticas, no me cabe la menor duda de que ustedes convendrán conmigo en que la gran poeta Norma Bazúa tiene una apasionante profesión: robarle el fuego a los dioses.

México, D. F. a 8 de agosto de 2003.

ENRIQUE GONZALEZ ROJO.